

ME ENCANTARÍA VIVIR DEL GOLF:
APUNTES SOBRE LAS CATEGORÍAS IDENTITARIAS OPERANTES
EN TORNO A LA PRÁCTICA DEL GOLF

Rodolfo Martín Iuliano

Universidad Nacional de La Plata /

Universidad Nacional de San Martín / CONICET (Argentina)

rodolfoiuliano@gmail.com

Resumen

Esta ponencia se presenta como un avance preliminar de una investigación en curso sobre las nuevas formas de sociabilidad de los estratos ascendentes y superiores en la sociedad argentina de los últimos quince años, llevada a cabo con el apoyo de una beca de CONICET. Nuestra investigación gira en torno a un estudio de caso, a partir de un trabajo de campo etnográfico desarrollado en un campo en un club de golf.

Nos interesa aquí indagar en torno a ciertas categorías identitarias que los actores ponen en juego en el marco de sus interacciones en torno al club de golf. A partir de un análisis preliminar de algunos materiales de campo intentaremos presentar a los actores que vamos a estudiar, así como también buscaremos reflexionar sobre las categorías identitarias nativas, sus múltiples sentidos y los matices que asumen de acuerdo con los contextos de interacción.

Finalmente, intentaremos resituar el análisis de los datos etnográficos en torno a las categorías identitarias nativas en el contexto de las discusiones teóricas sobre las categorías de identidad e identificación, para interrogar nuestro estudio a la luz del debate actual sobre la problemática analizada.

Palabras claves: nuevas formas de sociabilidad – golf – categorías identitarias – identidad e identificación.

I.- Introducción

En este trabajo intentaremos abordar el estudio de un conjunto de categorías identitarias que se ponen en juego en torno a la práctica del golf, a partir del análisis de una experiencia de trabajo de campo desarrollada en un club de golf del interior de la provincia de Buenos Aires.

Comenzaremos haciendo una presentación de las definiciones identitarias que fueron puestas en escena durante la jornada de trabajo de campo etnográfico.

En segundo lugar, procuraremos interpretar los datos etnográficos a la luz de un conjunto de debates actuales en torno a los problemas de identidad.

Finalmente, presentaremos algunas conclusiones preliminares sobre la conformación de categorías identitarias en el marco de espacios de sociabilidad de clase media y de los estratos privilegiados como los clubes de golf.

II.- Una aproximación a las categorías identitarias

“¿Sabés algo de golf?”: la identidad entre la adscripción y la atribución

Pasado el mediodía llegué al *Club de Golf de Bahía Blanca* (1), y tras las gestiones con la secretaria, me contacté con Omar, con quien compartiría la jornada de golf.

Omar estaba a unos 200 metros del *clubhouse* (2) al costado del *tee de salida* (3) hacia donde me dirigí rápidamente. No nos conocíamos, así que me presenté como un antropólogo que estaba haciendo una tesis sobre golf, y le consulté si podría acompañarlo y conversar con él. Animado por mi propuesta, nuestra charla comenzó en el *tee de salida* donde se encontraba junto a su hija de unos 12 años. “¿Sabés algo de golf?”, preguntó Omar. Le aclaré que conocía algunos clubes y que tenía alguna idea, pero no demasiada. A partir de ese momento, Omar adoptó una actitud pedagógica, y durante toda la jornada se dispuso a explicarme las reglas de juego, las técnicas de ejecución de golpes, entre otras tantas cosas. En ese momento me debatía si no sería mejor decirle que conocía los aspectos técnicos del juego, y que prefería que aprovechemos el tiempo para hablar de su vida y de la vida social del club.

Sin embargo, asumiendo los riesgos que implica ser tratado como un lego, opté por continuar con mi papel de ávido aprendiz de las minucias técnicas del juego del golf. Y en esta relectura de los materiales empíricos producidos aquel día, resulta evidente que a partir de ese momento Omar apeló recurrentemente al papel de profesor diligente, brindando información, aclarando supuestas dudas, constatando el éxito de su didáctica con insistentes: “¿me estás entendiendo?”, o “¿te sirve lo que te digo?”.

Cuando estábamos a punto de salir a jugar, se acercó “solamente a saludar” un hombre de unos 70 años, aunque era evidente

que tenía intenciones de jugar con Omar y su hija. Por eso Omar lo invitó a sumarse al juego, y Marioni rechazó cortésmente las invitaciones. Omar insistió y Marioni declinó nuevamente la invitación, diciéndome: *“no, no, muchas gracias, sólo quiero ver si Omar aprendió lo que le enseñé”*, haciendo referencia a la *“salida”* (4) que Omar estaba a punto de realizar. Sin embargo, no pudo declinar las nuevas invitaciones de Omar, y nos acompañó unos cuantos *“hoyos”* (5).

Omar tiene alrededor de 50 años, y se encuentra a cargo de la Escuela de Menores del club, que funciona desde 2002, donde hacia principios de 2007 aprendían a jugar al golf cerca de 20 alumnos. A su vez, Omar es *“profesional de golf”*, es decir, un jugador con destacada experiencia, certificada por la Asociación Argentina de Golf (AAG) y la asociación de Profesionales de Golf de Argentina (PGA), quien se encuentra habilitado para dar clases tanto a niños, jóvenes y adultos, así como también para jugar torneos profesionales, donde los golfistas amateur no pueden participar.

Tomando esto en cuenta, podemos interpretar que la declinación de Marioni (cuyas condiciones técnicas, vale la pena aclarar, no eran superlativas) era una broma irónica, ya que en la disposición a examinar *la salida* de Omar se invertían los roles de alumno-profesor. De todos modos, a los fines de este trabajo, esta inversión cuasi bajtiniana (Bajtin, 1989) resulta elocuente para acercarnos a la papel de profesor con que otros jugadores del club identifican a nuestro informante.

“Hacia de caddy” (6): fronteras identitarias y contrastividad

La jornada estuvo regada de conversación desde nuestra presentación hasta la despedida. Entre los tantos temas que abordamos, uno de ellos se impuso por la vehemencia con que Omar lo trajo a escena: ¿quiénes son los verdaderos profesionales, quiénes pueden enseñar legítimamente a jugar al golf?

De acuerdo con nuestro informante, algunos *“caddies”* se arrogan ese derecho, inclusive muchos llegan a anotarse en los cursos para ser instructores *“pero no tienen condiciones para ello, son muy duros, no pueden aprender... ¡Ni si quiera saben escribir! Incluso escriben con faltas a pesar de que el Word te corrige la ortografía”*. La hija de Omar, ofreció más evidencias a favor del argumento de su padre *“escriben ‘haber’ sin ‘h’”*.

En este sentido, Omar me contó que en la Escuela de Menores comparte el trabajo con su sobrino, quien a su juicio *“sí es un profesional, porque se recibió de Profesor de Educación Física”*. De este modo, Omar cuestiona lo que considera un uso inmerecido de la categoría identitaria *“profesional”* por parte de aquellos *caddies* y demás personas que sólo toman el curso de instructor y desde ese momento se autodenominan *“profesionales”*. En la misma dirección, me confió una anécdota biográfica de un colega que trabaja en el otro club de golf de la ciudad, a quien le tiene en una alta estima. Me dijo que era abogado y que su padre lo había obligado a terminar su carrera de derecho, prohibiéndole que se dedique exclusivamente al golf, como era su voluntad. *“Entonces cuando se recibió le dijo al padre ¡tomá el título!, y se dedicó de lleno al golf. Pero ahí tenés el ejemplo, él es un verdadero profesional, porque tiene el título”*.

Por otro lado, según Omar los *caddies* tampoco pueden ser considerados *“profesores”*, porque *“aunque muchos de ellos jueguen al golf desde niños y quieran explicarte cómo jugar, no saben enseñar. Te dicen cómo pegar, pero no te enseñan a jugar al golf. Esto último implica un 90% mente y un 10% técnica, y eso los supuestos ‘profesores’ que eran caddies no lo enseñan”*.

Luego de jugar varios hoyos, donde se sucedían los golpes a la pelota de golf por parte de Omar, de su hija y de Marioni -golpes que conducían a que tarde o temprano la pelota terminara descansando en el fondo de un hoyo, emplazado en diferentes lugares de la cancha de golf específicamente para ese fin-, le pregunté a Omar cómo había empezado a jugar al golf.

“Como caddy” –contestó, y rápidamente pasó a otro tema.

A lo largo de la jornada nunca volvió a hacer referencias a su pasado de *caddy*. Solamente al concluir nuestro encuentro, cuando Omar me acercaba en su camioneta a la terminal de ómnibus de la ciudad, y ante la reiteración de mi pregunta por el comienzo de su relación con el golf, Omar me contestó mientras conducía: *“empecé a los catorce, y jugué dos años. Hacía de caddy. Después tuve que dejar... [silencio] por motivos económicos, no tenía medios para jugar. Luego de unos años volví a jugar y hasta jugué una clasificación, pero después tuve que dejar... [silencio] Tanto aquí como en el silencio anterior Omar desvió su mirada desde el frente hacia mi rostro, esperando mi evaluación acerca de las dos oportunidades en que tuvo que dejar por falta de medios. “Pero después volví a jugar; trabajé un tiempo en el ejército, era administrativo del ejército, y luego me puse mi empresita, una fábrica de marcos de cuadros”*.

R- *“ah, una fábrica de marcos para cuadros...”*,

O- *“sí, una fábrica chica, pero llegué a vender 6000 marcos por mes y luego tuve que alfojar un poco, empecé a trabajar sólo por la mañana, para un comercio minorista que tenemos acá, una empresa familiar, y así me queda la tarde libre para ir a jugar al golf y puedo disfrutar tranquilo”*.

Omar comenzó a jugar al golf como *caddy*, y sin embargo, como podemos observar, todas sus alusiones al universo de los *caddies* fueron negativas: o bien no son auténticos profesionales, o bien no tienen la competencia necesaria para ser buenos

profesores (incluso llegó a expresarnos que en el club se están volviendo obsoletos, porque son reemplazados por carritos eléctricos donde los jugadores se trasladan con sus “*palos de golf*”).

Resulta interesante detenerse en la fórmula con que Omar recupera su identidad pasada ante mis interrogaciones: “*hacia de caddy*”, definición que resulta muy significativa en la medida en que categoriza la adscripción a esa identidad como un juego de rol, más que como un atributo de la persona. Esta particularidad de su identificación con su pasado, se hace patente en el uso del verbo “hacer” (de *caddy*), en lugar del verbo “ser” (*caddy*).

Incluso, a expensas de su propia trayectoria biográfica, Omar optó por destacar el título de abogado conseguido por su colega, para determinar cuál debe ser el parámetro para ser considerado un verdadero profesional. De este modo, nuestro informante intenta bajar una barrera ante la amenaza que implican para su posición de profesional, los grupos de *caddies* que deciden realizar el curso oficial para acceder a esa categoría. Y en esta misma dirección, cabe señalar que en ningún momento Omar se situó dentro de un nosotros que lo incluyera junto a los *caddies*. Los *caddies* siempre aparecieron en escena a través de la tercera persona del plural, siempre fueron “ellos”, y esta frontera identitaria se mantuvo incólume a lo largo de toda nuestra conversación.

“Vivir del golf”: entre el amateurismo y profesionalismo

Cuando conversamos sobre las personas que juegan al golf en el club, Omar me planteó que la mayoría son “*golfistas de fin de semana: no se entrenan ni buscan aprender un golf integral, se compran un palo de golf carísimo y no pagan una buena clase, pensando que con el palo resuelven su problema de juego. Sólo les interesa pegarle a la pelota fuerte y lejos*”. Según su relato, a estos jugadores les gusta apostar, “*vienen a jugar la polla, pero apuestan al golf como podrían apostar a cualquier cosa*”. Y me aclaró “*yo no digo que esté mal lo que hacen, vienen, caminan, se relacionan*”.

La necesidad de negar su juicio valorativo, pone en evidencia cuál es su evaluación de las personas que establecen ese tipo de vínculo con el golf, donde se prioriza el consumo y lo lúdico por sobre la formación “*integral*”. En este sentido, cabe señalar que Omar apuesta a diferenciarse del universo de los jugadores de golf, más que a subrayar aspectos en común.

Otro andarivel por el que corre esa línea divisoria, tiene que ver con las expectativas que deposita Omar en torno al mundo del golf: “*a mí me encantaría vivir del golf, dedicarme al golf pero en Argentina no se puede. Un profesor acá en Bahía Blanca gana 25 pesos por cuarenta minutos de clase, y en Capital Federal, como mucho, puede llegar a ganar entre 70 y 100 pesos. En todo caso uno puede tener una empresita para vivir, y además dedicarse al golf*”.

Para Omar tener una pequeña empresa que le permita dedicarse al golf es un escenario de resignación. De sus palabras se sigue que desearía cambiar su empresa por una dedicación *full time* como profesional de golf, apuesta que otros agentes implicados en la vida de un club de golf (habría que indagar si no es el caso de la mayor parte de los jugadores) considerarían descabellada, o ni siquiera la considerarían por no ingresar en sus horizontes de lo concebible. En definitiva, Omar no se identifica con la experiencia *amateur* de los “*golfistas de fin de semana*” para quienes, según nuestro informante, el golf es un pasatiempo, una oportunidad para apostar y gastar dinero en lujosos palos e indumentaria. Nuevamente, se dibujan fronteras entre diferentes tipos de adscripción al universo del golf: amateurismo y apuesta de tiempo libre, por un lado; y profesionalismo y proyecto de vida holístico, por otro.

“Con un currículum no alcanza”: relaciones sociales y negocios

Un tema que apareció recurrentemente en nuestras conversaciones, aunque con diferente signo según el contexto de enunciación, fue el de los vínculos sociales que se establecen a través de la práctica del golf.

En su función de coordinador de la Escuela de Menores, Omar está en contacto permanente con niños que aprenden a jugar al golf y con sus padres. A lo largo del año, acompaña a sus alumnos a diferentes clubes para que disputen torneos, así como también organiza los torneos a desarrollarse en su club. Ante mi interés manifiesto, Omar me contó que entre los chicos que juegan al golf “*se establecen amistades muy fuertes. Y ahora con el chat están todo el tiempo en contacto. Incluso algunos que no siguen jugando al golf y entran a la facultad, cada tanto juegan, y se juntan con sus amigos del golf. Y así mantienen sus relaciones, que hoy es muy importante porque hoy si no tenés relaciones, no conseguís trabajo. El golf es ideal para relacionarse. Con un currículum no alcanza*”.

El problema de la productividad social y económica de la práctica de golf y sus escenas sociables, es un problema analítico que se impone como uno de los nudos medulares de la investigación en torno a los espacios de sociabilidad de los grupos de clase media y privilegiados, pero a su vez es una problemática que excede los límites de este trabajo, quedando postergado para futuras indagaciones. De todos modos, resulta interesante destacar aquí el signo positivo con que Omar evalúa el entramado de redes de sociables que se estructuran a partir de la práctica de golf entre los menores con los que tiene contacto cotidiano. Sin embargo, sus evaluaciones cambian de signo cuando se refiere a las apuestas económicas que muchos padres hacen al llevar a

sus hijos a aprender a jugar al golf; evaluación negativa que se replica cuando Omar rememora los negocios que algunas personas llevan a cabo a partir de una utilización del golf, que podríamos denominar estratégica. Veamos.

Omar dice que *“en la Escuela de Menores hay padres que quieren salvarse con sus hijos, que los mandan para ver si sacan a un crack”*. Incluso considera que existen diferentes tipos de padres, y uno de esos tipos, es el padre *“con interés económico”*, el cual le dice a su hijo *“he gastado tanto en ti, no sé cuándo vas a responder a esta inversión”* (7).

La Escuela de Menores es un escenario interesante para explorar diferentes tipos de apuestas y expectativas de los agentes – padres e hijos- puestas en juego en torno al golf. Aquí se enuncia una lógica económica, la del ascenso social a través del éxito deportivo, que es característica de los deportes populares y masivos, pero lo que vale la pena destacar es que pareciera comenzar a manifestarse también en los deportes históricamente asociados con las elites y los estratos privilegiados. En definitiva, se trata de un elemento que puede permitir pensar los procesos de popularización de este tipo de deportes y sus espacios de sociabilidad, pero este es un aspecto que no podremos desarrollar específicamente en este trabajo.

Conversando sobre las organizaciones institucionales que regulan la vida del golf en la Argentina y sobre su funcionamiento, Omar me dijo que *“actualmente hay un conflicto entre la AAG, la PGA y los profesionales, por ‘cosas internas’”*. Mi expresión de perplejidad colaboró para que profundizara un poco sobre su críptica afirmación: *“el conflicto es porque al presidente de la PGA, Jorge De Luca, lo había puesto Menem en su momento, para que le haga los negociados. De Luca le organizaba la línea de juego (8), por ejemplo, con dos empresarios y cobraba 10.000 dólares a cada uno para jugar con él. Así ellos hacían sus negocios”*.

R- *“¿Pero, vos los viste?”*

O- *“No, no los vi. Pero esto lo sé de buena fuente, y estaba al tanto del tema. Así se hicieron muchos negociados”*.

Luego de unos minutos de caminata silenciosa, y sin haber obtenido ninguna valoración de mi parte en relación con sus comentarios sobre los *“negociados”* del golf, Omar se percató de que podría haber cometido una imprudencia, y me asestó una broma *“¿vos no serás menemista, no?”*. Contesté que por supuesto que no (mientras intentaba en vano imaginarme quién podría identificarse en la actualidad como *“menemista”*, habida cuenta que ese neologismo opera en la arena política como un estigma próximo en su significado al de la peste medieval).

III.- De la performatividad a la sedimentación de las identidades

Hasta aquí hemos trabajado los materiales de campo informados por el problema de la conformación de categorías identitarias en torno a la práctica del golf. En adelante intentaremos, releer nuestros datos recuperando algunos núcleos centrales del debate antropológico sobre la cuestión de la identidad.

Los estudios contemporáneos sobre los problemas de identidad han abrevado en las consideraciones clásicas del antropólogo Fredrik Barth (1976) sobre la relación entre grupos étnicos, sociedad y cultura. Frente a las versiones culturalistas que conciben a la identidad como un atributo primordial de un grupo, atributo que equivale a sus patrones culturales, caracteres raciales y sociales, Barth propuso un camino analítico alternativo para conceptualizar las identidades, fundado en tres premisas: 1) la identidad de un grupo se basa en la definición que los miembros del grupo dan de sí mismos; es decir, en su *“autoadscripción”* al propio grupo, así como también, en la definición que terceros hacen de ellos en tanto grupo (Barth: 15); 2) la identidad de un grupo implica la definición de límites y fronteras respecto de otros grupos; es decir, que es necesariamente contrastiva (Barth: 16); y 3) un grupo no comparte su identidad de manera definitiva, sino que necesita una *“ratificación continua”*, debe ser activada constantemente (Barth: 17).

Retomando nuestra experiencia de investigación a la luz del sugestivo giro analítico que operado por Barth en el estudio de las identidades, podemos conjeturar que las diferentes identificaciones ensayadas por nuestro informante, más que como atributos primordiales de su persona o grupo de pertenencia, deben interpretarse como autodefiniciones desplegadas en un contexto de interacción concreto, como fue nuestro encuentro etnográfico. Por este camino, resulta inteligible la superposición de categorías identitarias a las que Omar fue adscribiendo a lo largo de la jornada: profesional de golf, docente de un antropólogo lego, ex *caddy*, pequeño empresario, etc.

A su vez, cabe destacar que la representación que Omar fue abonando acerca de su perfil identitario dependió en gran medida de un ejercicio contrastivo continuo. Omar nunca terminó de definir explícitamente un nosotros donde incluirse; sin embargo, esa categoría fue tomando forma a través de los contrastes que proponía con diversas alteridades que iba construyendo en el marco de nuestros diálogos. A lo largo de la conversación Omar dibujó varias figuras identitarias contra las cuales fue recortando su autoimagen: los *caddies* que aspiran a ser profesionales y profesores, los jugadores que se vinculan con el golf como un pasatiempo, los profesionales del golf relacionados con los negocios del menemismo, los padres que proyectan en el aprendizaje golfístico de sus hijos un horizonte de ascenso social.

Al mismo tiempo, podemos suponer que este proceso de constitución de categorías identitarias a partir de la representación de alteridades contrastivas implica una operación de jerarquización nosotros/ellos. En este sentido, cabe interpretar ciertos aspectos de la experiencia investigada apelando a la configuración “establecidos-*outsiders*” que conceptualizan Elias y Scotson en investigación sobre las relaciones de desigualdad social que se establecen entre dos grupos en una pequeña comunidad (Elias y Scotson, 2000).

El estudio del funcionamiento de esta pequeña comunidad conduce a Elias a rechazar las teorías del poder como amuleto, las que se apoyan en el supuesto de que el poder reside en el control de medios de producción o de medios de coerción, destacando que el diferencial de poder en una determinada configuración social se basa en el grado de organización de los sujetos implicados, en la cohesión de grupo (Elias: 24-25). Según Elias “podemos observar que los miembros de los grupos más poderosos en relación con otros grupos interdependientes, se piensan a sí mismos (se auto-representan) como humanamente superiores” (Elias: 19, de nuestra traducción). El grupo de “establecidos” se atribuye superioridad humana, y ese es el fundamento moral y cultural de la desigualdad. Logra así que los “outsiders” se perciban como inferiores. Las nociones de “carisma grupal” y “barrera emocional” de Elias apuntan precisamente en esta dirección, intentando componer una imagen conceptual que dé cuenta de la constitución de identidades sociales a partir de la definición de una relación de superioridad-inferioridad entre grupos y personas.

Tomando esto en cuenta, vemos que las apuestas de enunciación de Omar, a través de las cuales se autodefine y define a los demás agentes, operan estableciendo esas barreras emocionales que implican jerarquías entre las categorías identitarias. La estrategia para representar una superioridad respecto de un conjunto de alteridades inferiorizadas, se basa en arrogarse la facultad de definir legítimamente qué es el golf, cómo se debe jugar, cómo se debe enseñar y cómo se debe establecer un vínculo auténtico, “*integral*”, con dicho deporte. Así, los *caddies* aparecen identificados como ilegítimos aspirantes a las categorías de profesor o profesional (categorías con las que Omar, en cambio, es identificado legítimamente por otros jugadores, como demuestra el encuentro con Marioni presentado más arriba); los jugadores son definidos por su consumismo y su vínculo pasatista con el golf; algunas categorías de padres aparecen representados como empresarios que consideran a sus hijos como un capital; etc.

Pues bien, hemos intentado hasta aquí analizar las categorías identitarias asociadas a la práctica del golf puestas en juego por nuestro informante, a partir de la lógica de la adscripción, la autodefinición y la contrastividad que Barth instituyera como renovador ángulo de análisis de las identidades sociales. Sin embargo, algunos autores han señalado (Brubaker y Cooper, 2002; Hall, 2003; Briones, 2006) que una radicalización de esa estrategia interpretativa puede derivar en una concepción ingenua y voluntarista de la agencia social.

Hall propone reinstalar en el centro del análisis sobre la identidad la capacidad de agencia, sin la necesidad de sucumbir a las perspectivas performativas y estratégicas, donde el actor es libre de escenificar, de presentar su yo (Goffman, 2004) de acuerdo con su conveniencia. Hall propone “una teoría que señale cuáles son los mecanismos mediante los cuales los individuos, como sujetos, se identifican (o no se identifican) con las ‘posiciones’ a las cuales se los convoca; y que indique cómo modelan, estilizan, producen y ‘actúan’ esas posiciones, y por qué nunca lo hacen completamente, de una vez y para siempre, mientras que otros no lo hacen nunca o se embarcan en un proceso agonístico constante de lucha, resistencia, negociación y adaptación a las reglas normativas o reguladoras con las que se enfrentan y a través de las cuales se autorregulan” (Hall: 32-33).

En efecto, una vez estabilizada la reacción contra el canon esencialista que representaba a la identidad como un atributo de una cultura, o un reflejo de rasgos culturales objetivos y determinantes, las ciencias sociales, y especialmente la antropología posmoderna, arribaron a un consenso que resulta una verdad de Perogrullo, un truismo autoexplicativo y circular, el cual se conforma con postular que la realidad social es construida. Este es el escenario que Brubaker y Cooper caracterizaron como “constructivismo cliché” (Brubaker y Cooper, 2002: 40).

En este contexto, y parafraseando esta fórmula de Brubaker y Cooper, Claudia Briones se propone discutir el nuevo consenso académico que define como “performativismo cliché”, el cual termina asumiendo que las identidades son flexibles, estratégicas, volátiles, y descuida lo sedimentado de la experiencia. Briones nos incita a reflexionar sobre el poder performativo de las teorías, “la pregunta pasa entonces por ver qué campos de visión nos abren/cierran nuestras ficciones reguladoras y cuáles son los efectos teóricos, políticos y etnográficos resultantes de afirmar que las identidades son contrastivas, a la par de múltiples, fluidas, fragmentarias, flexibles, etc., desde un constructivismo o desde una performatividad cliché” (Briones: 17).

En definitiva, los efectos teóricos del “performativismo cliché” a la hora de abordar nuestros objetos de investigación nos llevan a visualizar a los agentes como astutas estrategias siempre dispuestos a poner en escena (a “performar”) el atributo identitario que les reporte un mayor beneficio de acuerdo con el contexto de interacción. Por eso, en franco debate con estas perspectivas escenográficas de la agencia social, Briones propone una definición de la categoría de identidad que parte de la reescritura de la célebre frase de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (Marx, 1999): “los sujetos se articulan como tales a partir de un trabajo de

identificación que opera suturando identidades personales y colectivas (para sí y para otros), pero no lo hacen simplemente como a ellos les place, pues su trabajo de articulación opera bajo circunstancias que ellos no han elegido” (Briones: 3). En efecto, se trata de una crítica que está en sintonía con la crítica a los límites del giro constructivista en historia, es decir, con los límites de la perspectiva que subraya la invención de las tradiciones (Hobsbawm y Ranger, 2007). En la medida en que el pasado y las tradiciones no son objetos estancos e inmutables, se puede operar sobre ellos y disputar sus sentidos. Sin embargo, hay que reconocer que al igual que en el plano de las identidades sociales, no se dejan usar con tanta facilidad.

Por eso, y para finalizar estas líneas, podemos volver sobre nuestros materiales de campo para interrogarnos ahora en qué medida nuestro informante pudo operar libremente en la selección y puesta en escena las diferentes categorías identitarias que hemos analizado hasta aquí, o bien tuvo que performar esas categorías en el marco de “sedimentaciones” (Briones: 23) identitarias más o menos estables, que acotaban su universo de posibles elecciones. Así, cabe conjeturar que su experiencia como *caddy*, en tanto punto de partida de la trayectoria biográfica de Omar, pudo haber contribuido a dar forma al marco dentro del cual se organizarían sus apuestas y definiciones identitarias futuras. Tomando esto en cuenta, sus identificaciones como “*profesional de golf*” o sus anhelos en torno a poder “*vivir del golf*”, dejan de ser solamente máscaras performativas disponibles para ser actuadas a discreción; para asumir la densidad histórica de categorías identitarias donde se “suturan” proyectos y apuestas subjetivas, con condiciones sociales e históricas que operan al margen de la voluntad.

IV.- Consideraciones finales

El desarrollo de los debates actuales en torno a la problemática de la identidad, permite desplazar nuestra atención desde los estudios tradicionales sobre grupos étnicos y comunidades aborígenes, hacia la investigación de nuevos objetos de estudio localizados en contextos urbanos, como es el caso de los clubes de golf, en tanto espacios de sociabilidad que congregan una multiplicidad de agentes y en donde se activan diversas categorías identitarias.

Precisamente, el abordaje etnográfico con el cual encaramos esta investigación de campo, centrando nuestra atención en el abanico de definiciones y categorizaciones que nuestro informante ponía en juego durante las conversaciones, nos ha permitido dar cuenta de algunos mecanismos a través de los cuales los agentes construyen y evalúan las alteridades, a la vez que van dando forma a sus propios perfiles identitarios.

Finalmente, vale la pena señalar que el estudio de la conformación de identidades en torno a estos de espacios de sociabilidad, requiere la combinación de un abordaje que pueda dar cuenta de las autodefiniciones de los agentes como elementos constitutivos de las identidades, sin que esto implique descuidar los contextos sociales y las sedimentaciones históricas, que establecen los horizontes dentro de los cuales los agentes pueden activar sus apuestas identitarias.

Notas

(1) Todas las referencias empíricas utilizadas en el presente trabajo forman parte del diario de campo correspondiente a la visita del 10/6/07. Las identidades de nuestros informantes así como los nombres de la localidad y del club al que hacemos referencia han sido modificados por razones de confidencialidad.

(2) El *clubhouse* es la edificación central de los campos de golf, donde están las oficinas administrativas, la confitería, la sala de juegos, la “guardería de palos”, los vestuarios, y en algunos casos, los dormitorios para hospedar a los aficionados visitantes.

(3) El *tee de salida* es un paño de pasto con unas marcas muy visibles, que se encuentra al comienzo de cada hoyo, desde donde los jugadores de golf comienzan el juego.

(4) La “salida” es el golpe con que se inicia el juego en cada hoyo.

(5) El *hoyo* es una cavidad dispuesta en diferentes lugares de una cancha de golf para que los jugadores emboquen allí la pelota de golf. La mayor parte de las canchas tienen 9, 18 o 27 hoyos.

(6) El *caddy* es la persona que el golfista contrata para que cargue con su bolsa de palos y lo asesore durante la partida de golf.

(7) Estas dos frases fueron extraídas del *Informe de gestión 2006 de la Escuela de Menores* documento que produjo y me facilitó Omar. Hacia el final de la publicación, nos encontramos con una sección en que una psicóloga especializada en golf presenta una suerte de tipología de padres que llevan a sus hijos a aprender a jugar al golf, titulada *Estilos de padres*, y entre otros tipos como *Restringido*, *Afectivo*, figura el ya mencionado *Con interés económico*, donde se señalan críticamente las consecuencias de adoptar ese estilo *El hijo lleva un enorme peso sobre sus hombros, el juego se transforma en una obligación para con su padre*.

(8) La *línea de juego* es el grupo de personas que comparte la jornada de juego. Usualmente son tres o cuatro, dependiendo de la modalidad de juego.

Bibliografía

Bajtín, Mijail, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.

Barth, Fredrik, “Introducción”, en *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*, México,

1976, 9-49.

Briones, Claudia, "Teorías performativas de la identidad y performatividad de las teorías" (en mimeo) publicado en Tabula Rasa, junio de 2006.

Brubaker, Rogers y Cooper, Frederick, "Más allá de 'identidad'", en *Apuntes de Investigación del CECYP* N° 7, Buenos Aires, 2002, 30-67.

Elias, Norbert, "Introducción. Ensaio teórico sobre as relacoes establecidos-outsiders", en Elias Norbert y Scotson, John, *Os Establecidos e Os Outsiders. Sociología das relacoes de poder a partir de uma pequena comunidade*, Río de Janeiro, Jorge Zahar Editor, 2000, 19-50.

Goffman, Irving, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu, 2004.

Hall, Stuart, "Introducción: ¿quién necesita 'identidad'?", en Hall y Du Gay (comp.), *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, 2003, 13-39.

Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence (orgs.), *A invencao das tradicoes*, Sao Paulo, Editora Paz e Terra, 1984.

Marx, Karl., *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires, CS Ediciones, 1999.